

Norman Ohler. El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich. Barcelona: Crítica; 2016, 329 p. ISBN: 978-84-16771-10-3. € 21,90.

¿Qué tienen que ver la historia del Tercer Reich y la serie de televisión *Breaking Bad*? La respuesta nos la proporciona en *El gran delirio* el periodista noruego Norman Ohler: la pervitina, o lo que es lo mismo, la metanfetamina. Este interesante trabajo histórico, que cuenta con la bendición del recientemente fallecido historiador del nacionalsocialismo Hans Mommsen, nos acerca a un tema como el de las drogas, que aún está insuficientemente estudiado. Sustancias que han pasado desapercibidas tras mitos históricos de esta época como el renacer de la economía alemana en los años treinta, la arrolladora fuerza de la *Wehrmacht* en la *blitzkrieg* de 1939, o la férrea salud y vitalidad del Führer durante tanto tiempo. ¿Pero cómo no iban a estar presentes en el babilónico Berlín de la década de los veinte y a lo largo y ancho de la nación que vio nacer a Bayer o IG Farben?

Tal como reconoce Ohler al principio del libro, el abundante consumo de sustancias estupefacientes por la sociedad alemana era algo conocido por los historiadores pero que no había sido analizado aún en profundidad. Gracias a un enorme conocimiento de la producción historiográfica del nazismo y a la visita de numerosos archivos, llevándole incluso a viajar hasta los *National Archives* en Washington D.C., ha podido construir una introducción a este tema durante los años del nacionalsocialismo, que nos brinda nuevas perspectivas sobre cuestiones esenciales como la evolución de la historia social y militar de la época o la biografía del propio Adolf Hitler. Algo que, sin duda, mueve nuestro interés sobre el floreciente uso de las drogas en el siglo XX y las posibilidades políticas que tuvieron, llegando al punto de replantear y ampliar algunas de las tesis de una historiografía del nazismo muchas veces calificada de sobresaturada, esta obra es una afirmación de que todavía quedan muchas cuestiones por profundizar y, lo que es mejor, nuevas preguntas por formularse.

La investigación se inicia en el siglo XIX, origen del desarrollo de la farmacología moderna y origen de la ascensión de Alemania como laboratorio del mundo. Durante las primeras páginas, se expone concisamente el desarrollo de la química y la aparición de nuevas sustancias estupefacientes, el despliegue económico de las industrias farmacéuticas germanas y el impacto sociocultural que tuvo durante la posguerra. Una vez Hitler llegó al poder, la política sobre la droga viraría radicalmente. Las drogas y sus víctimas fueron objeto de la misma demonización que sufrieron los judíos, llegándose a la ejecución de una legislación extremadamente restrictiva y punitiva contra quienes las comerciasen y consumiesen ilegal-

mente. No obstante, fue también el momento en el que se observaron algunos de sus fructíferos efectos para un Estado necesitado de una sociedad cada vez más movilizadora en pos de sus intereses. Consecuentemente, como si de un elixir se tratara, sustancias como la pervitina se distribuyeron ampliamente a todas las capas de la población: tanto el ama de casa alemana como el alto mando de las SS podían llegar a ser asiduos consumidores del producto estrella de la farmacéutica Temmler y así interpretar ese papel que el nazismo les había asignado.

A partir de aquí, el libro se adentra en los despachos y las trincheras del ejército nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Pese a la dificultad de encontrar documentación sobre la adquisición y distribución de metanfetamina por parte de las autoridades militares, el autor consigue reconstruir la entrada de esta en el estrato castrense. Aun con reticencias ideológicas, el alto mando pudo observar las consecuencias de su consumo por los soldados convirtiéndolos en una suerte de dóciles autómatas de gran resistencia física. Los resultados iniciales durante la guerra relámpago en el frente occidental fueron tales que la droga inundó rápidamente el *Heer* y la *Luftwaffe*, se aumentó la demanda de esta y otras sustancias, como las vitaminas, y la industria química nacional, encargada de proveer a medio mundo, se volcó a abastecer a su propia nación en guerra. Sin embargo, sus secuelas no tardarían en aparecer en el ejército en forma de cansancio extremo, enfermedades mentales y una adicción generalizada —y quién mejor para mostrarlo que el Nobel Heinrich Böll. A principios de los cuarenta comenzaría a verse la otra cara de la moneda tóxica.

Dos sombras sobrevuelan toda la obra: la de Hitler y el doctor Theodor Morell. El denominado «paciente A» y su médico personal —otro personaje histórico extremadamente curioso— se conocieron durante la primavera de 1936 y hasta prácticamente los últimos días de sus vidas no se separaron. Sobre la críptica y minuciosa documentación que legó este personaje, Ohler arguye todo el influjo que tuvo el médico a través de su jeringuilla sobre la figura del dictador al suministrarle una creciente cantidad de sustancias químicas, llegando a superar la cifra de ochenta, para contrarrestar el cansancio, los problemas físicos y las infecciones que crónicamente lo achacaban. Frente a la imagen de robustez y vigor que fue vendida por el ministro Joseph Goebbels y su maquinaria propagandística, su cuerpo tuvo que hacer frente a la labor de administrar una nación en guerra que dependía continuamente de él, a las enfermedades que lo assolaban y a su propia adicción a las drogas que le suministraban. Esto produjo que a partir de 1941, punto de inflexión al tener su primer encuentro con el Eukodal, iniciase un gradual declive mental y físico que tuvo consecuencias directas en la toma de una gran cantidad de decisiones erradas o en la indisposición para realizar sus

funciones. Quizá las drogas no fueran realmente capaces de inclinar la balanza de la historia de Alemania, pero sí de alterar el orden de los acontecimientos.

Con un estilo periodístico fresco, lleno de juegos de palabras, imágenes y referencias a la cultura popular este ensayo nos brinda sucesivas experiencias personales del autor durante el proceso de elaboración, buenas reflexiones hacia los historiadores del nazismo y muchos testimonios de personajes que revelan la existencia aún hoy de cierto tabú en torno a las drogas. Pese a que tal vez peque en atender y cuestionar demasiado la historia militar y política nacionalsocialista para abrir una nueva ventana desde donde observarlas, la obra apunta hacia otros campos de estudio sobre el uso de las drogas desde las políticas estatales y la sociedad alemana. La relación entre el poder y la farmacología es un terreno aún por ahondar en el estudio de los fascismos, por lo que seguramente encuentren en esta obra un referente divulgativo y un motivo para empezar y continuar profundizando en estos temas. Nos quedaría todavía por medir durante estos años el impacto real del uso de las drogas y las secuelas que dejaron en la sociedad alemana tras 1945.

Puede que Walter White no llegara a ser para el Nuevo México de Vince Gilligan como una especie de doctor Morell para la Alemania nazi, pero algo tienen en común ambas figuras: sus experiencias vitales nos acercan a la realidad desde otra perspectiva. Acaso esta sea una de las labores principales del oficio de historiador, algo que ha aprendido muy bien Norman Ohler. ■

Francisco Jiménez Aguilar

Universidad de Granada

orcid.org/0000-0002-6194-5089

■ **Criena Fitzgerald. *Turning men into stone: a social and medical history of silicosis in Western Australia 1890-1970***. Carlisle, Western Australia: Hesperian Press; 2016, 252 p. ISBN 978-0-85905-635-9. \$ 50.00.

Since the inception of the mining industry, the industry has been characterized by inattention to the health and welfare of its workers. Often governments and regulatory bodies have been complicit in overlooking disabling and deadly working conditions that could have been prevented with appropriate oversight. The overarching question in the age of rapid economic development is «How can we balance the rights of workers with corporate and financial interests?»